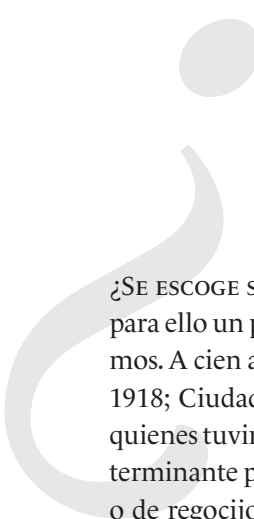


Alí Chumacero, entre 1945-1954

# Recuerdo de Alí Chumacero

Bernardo Ruiz



¿SE ESCOGE SER POETA? ¿CÓMO SE HACE UN POETA? Sabemos que no hay para ello un preciso camino, pero en ocasiones como ésta nos lo preguntamos. A cien años del nacimiento de Alí Chumacero (Acaponeta, Nayarit, 1918; Ciudad de México, 2010), y a ocho de su desaparición física, para quienes tuvimos el privilegio de conocerlo sigue siendo una presencia determinante para nuestras vidas, motivo de nostalgia en ciertos momentos, o de regocijo cuando surgen anécdotas de su saber, opinión o la cita de un verso, una estrofa, un poema o —bien— una ironía suya: —que Dios lo proteja del dardo de mi lengua— se sonreía. También quienes lo escuchábamos, ya que, en verdad, sus venablos eran mortales.

Bíblico, apasionado del español del Siglo de Oro, Alí Chumacero era hombre de sentencias, reflexivo y conciso en su habla. Gustaba disfrutar del whisky, del vino, de los libros antiguos y de viejo, de las mujeres y de la amistad. Cuando lo conocí, en la primavera de 1971, ya había escrito su obra, tres poemarios excepcionales: *Páramo de sueños* (1944), *Imágenes desterradas* (1948) y *Palabras en reposo* (1956),<sup>1</sup> obras donde el ritmo del verso, y el meditado término construyen una obra de doble temática: la pasión del cuerpo y la soledad del alma en un orbe donde —entre claros y oscuros— el agua es una constante referencia.

Si supieras, perdida compañera de mi aliento:  
eres análoga a la movible imagen de un sollozo  
surgido de las ruinas y ceniza de mi ternura rota,  
y estarás siempre rodeada de lágrimas y sombra.

Atento escucha, en contraparte sabía ser centro de atención cuando la

---

<sup>1</sup> A él pertenecen también *Los momentos críticos* (FCE, 1987), recopilación de sus reseñas y ensayos acerca de literatura que estuvo a cargo de Miguel Ángel Flores; y la antología *Alas de centella* compilada por Jorge Asbun Bojalil (UAM, Juan Pablos, 2008), una colección de discursos.

audiencia lo merecía. Generoso, compartió incondicional sus mayores bienes sin pedir retribución. Recuerdo que alguna vez le pregunté acerca de Vicente Huidobro y entusiasmado me prestó su primera edición de *Altazor*. En otra ocasión, le presenté el manuscrito de mi primer libro de cuentos pidiendo su opinión, y a los pocos días lo devolvió con su marcas tipográficas para la imprenta, sin mayor comentario.

Chumacero conoció y trató a todos los grandes escritores de su época, y los leyó con atención y respeto, como hizo con los autores fundacionales de nuestra literatura. Fue, también, pastor cuidadoso de las obras de numerosos compañeros de su generación en su larga trayectoria como editor. Llegó más lejos. Fue de los becarios inaugurales del Centro Mexicano de Escritores —en 1951 y 1952—, junto con Juan José Arreola, Rubén Bonifaz Nuño, Emilio Carballido, Sergio Magaña y Juan Rulfo, entre otros; para convertirse, junto con Carlos Montemayor, en tutor de cada promoción de becarios de la institución entre 1987 y 2006. Dijo Chumacero: “El amor por el arte debe dar testimonio de nuestra existencia”, y en su hacer cotidiano él cumplió su palabra.

Siempre recordaré la alta figura del poeta, poderosa como un semidiós griego, a un lado de sus libreros sosteniendo algún libro entre sus manos: atento y concentrado buscaba alguna cita, algún párrafo que recordaba y volvía la mirada y el rostro como persiguiendo las palabras a la hora de dar vuelta a la página. Otras veces, trabajaba en su mesa junto al ventanal de la sala-biblioteca en su máquina mecánica, cuya marca no alcanzo a distinguir con los ojos de la memoria.<sup>2</sup> Concentrado, ignorándonos a sus hijos y a los amigos, tecleaba revisando el texto que componía en el papel.

Otras veces, charlaba con nosotros. Empero, nos corría del lugar a Luis, su hijo el mayor, a Marco Antonio Campos y a mí cuando llegaban Agustín Yáñez y José Luis Martínez a charlar con él y a tomar un whisky —o varios—. En contraste, reunía siempre en las celebraciones del propio calendario, en julio y diciembre, a los grandes monstruos con moros y cristianos: Paz, Fuentes, Elizondo, Lizalde, Monterroso, Pacheco, Cuevas, López Páez, González Durán, Mejía Sánchez y otros que en el mundo han sido: Gelman, Renán, Avilés Fabila, Montemayor, convivían con nosotros, los mortales deslumbrados, a quienes así nos participó Alí su convicción “de que la amistad ayuda, tanto como el amor por el arte, a hacer de la existencia algo más que un simple estar en este mundo”. Por otra parte,

---

<sup>2</sup> Aunque adivino o me engaño que era una Olivetti por la fundición del tipo.

Chumacero aunque en ocasiones jugara con cierta superficialidad, era un hombre sumamente recto, además de crítico en cuestiones políticas, y en su conciencia social, lo cual no fue ajeno a su credo poético:

La autenticidad de la poesía proviene de un arranque de la intuición, de cierta manera de sentir la realidad y, por supuesto, de expresarla. Porque no se trata sólo de acomodar agradablemente las palabras sino de hacer con ellas una estructura invariable, de acuerdo con la sensibilidad de quien escribe.

Porque a la hora de acercarnos al trabajo poético de Chumacero o a su trabajo como crítico cabe evocar su coherencia imbatible. Tanto Marco Antonio Campos, como Evodio Escalante o Miguel Ángel Flores, sus críticos de la generación del medio siglo, destacan esta unicidad de su trabajo, de su estilo, de su actitud crítica ante la obra ajena.

Su idea de la poesía la enmarca Alí en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, donde ocupó la silla del poeta y crítico Francisco González Guerrero. Afirmó: “Con un pie en el arte y otro en la vida, a veces con la pluma en la mano y siempre dando atención al libro ajeno he llegado a la madurez disponiendo de una obra personal sobremanera escasa, pero sin distraer esa pasión por las formas artísticas: experiencia sólo comparable con las expresiones del sentimiento que por igual comprenden la amistad y el amor”.

Bien sabe Alí, por otra parte, que el poeta es un loco cuyas palabras no son capaces siquiera de resolver satisfactoria, razonablemente las inquietudes interiores que originan su rebeldía contra las normas de la sociedad —parafrasea a Jacques Maritain.

Sin embargo, Chumacero —a diferencia de numerosos poetas— se aleja en su creación de la preocupación poética. No teoriza. Prefiere hundirse en lo humano y hacer de su lenguaje profecía, admonición. Hay en él una pasión por despojar al propio ser de sus secretos. Esta fisiología del espíritu, verso tras verso se ocupa de las grandes oscuridades del hombre vencido o de aquel que vive en plenitud una pasión, sea ésta el amor o el abandono, la proximidad de la muerte o la devastación. Su lenguaje, arrebatado al ángel terrible de Rilke, revela las contradicciones del ser y su perenne diálogo con la soledad.

Se habla del constante trasfondo bíblico en la obra de Chumacero. El recurso es uno de los pilares y claves de su obra. Pudiera decirse, clave y pentagrama, ya que hay una continua presencia de la simbología, tono y aliento de la Biblia. Su arquitectura del poema concibe un testigo, o bien una voz secreta —quizás él mismo, o su dios— como un lector

impregnado de ese lenguaje que suma como una capa adicional al poema, lo que permite una vibrante, profunda sonoridad, un diálogo en un tono bajo, penitencial, que evocara un canto doliente, murmurado en el fondo de una caverna —como por voces de bajo ruso— donde se unen plegaria y sufrimiento en reconciliación con el padecer de una ánima que en la noche pena. Así, Chumacero adopta para su poesía el estigma de Gérard de Nerval, quien afirmara en “El desdichado”:

Soy el Tenebroso, el Viudo, el sin consuelo,  
el príncipe de Aquitania de la torre derruida  
mi única estrella ha muerto y mi laúd constelado  
carga el Sol Negro de la Melancolía...

Por este precio, concede Chumacero, es posible coincidir con la idea de T. S. Eliot de que “la poesía no es un dar rienda suelta a la emoción, sino un escape de la emoción; no es la expresión de la personalidad, sino un escape de la personalidad”.

De otra manera sería difícil conciliar la imagen de este Alí, el poeta, con el Alí del trabajo, o el de las tardes de toros o de dominó, o, igual, el de la cena doméstica; o sería imposible conservar con gusto la imagen del poeta septuagenario que con toda concisión decía —*sotto voce*—, con angelical sonrisa, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de las Bellas Artes a Andrés Henestrosa, su octogenario amigo al principio de un homenaje: “Chíngale, Andrés, no te alargues para irnos a echar unas frías”.

Sin embargo, he ahí el contraste, ante su público Alí era de una dignidad catedralicia, en la que el hombre que acostumbraba de hablar entre dientes y con velocidad costeña, por respeto a su público y a su labor se transformaba en un hombre sereno; sólo entonces se podía percibir un resquicio de su pudorosa timidez. Con pausada respiración e impostando un poco la voz, el poeta hablaba con dicción enorme y contagiosa serenidad. Se le oía, podría decirse, la precisa puntuación y el instante se hacía inmenso como en su poema “Ola”.

Hacia la arena tibia se desliza  
la flor de las espumas fugitivas,  
y en su cristal navega el aire herido,  
imperceptible, desplomado, oscuro  
como paloma que de pronto niega  
de su mármol idéntico el estío  
o el miedo que en silencios se apresura  
y sólo huella fuese de un viraje,  
melancólica niebla que al oído

dejara su tranquilo desaliento.  
Mas el aire es quien fragua, sosegado,  
la caricia sombría, el beso amargo  
que al fin fatigará el oculto aroma  
de la arena doliente, deseosa  
ávida, estéril sombra pensativa,  
cuerpo anegado en un cansancio oscuro  
sometido al murmullo de aquel beso.

Hermosa así, desnuda, ya no es  
la carne iluminada cual la flecha  
que en el viento describe lujuriosa  
el temblor que después ha de entregar;  
ni es la boca ardiente, enamorada,  
insaciable al contacto, al beso ávida  
como profundo aroma silencioso;  
ni la pasión del fuego hacia el aliento  
destruyendo lo inmóvil de la sombra  
para precipitarla en lo que ha sido,  
sino que, ya ternura del cautivo  
que sabe dónde amor le está esperando  
quiebra su forma, pierde su albedrío  
y en un instante de candor o ala  
ahogada en un anhelo suspendido,  
como ciega tormenta despeñada  
abandónase al cuerpo que la acosa  
y a su encuentro es caricia, oscura imagen  
de rudo impulso convertido en plumas  
o tinieblas perdidas para siempre,  
y sabe cómo al final arena es tumba,  
frontera temblorosa donde se abren  
las flores fugitivas de la espuma,  
resueltas ya en silencio y lentitud.<sup>3</sup>

De este modo se comprende el juicio de Octavio Paz respecto a la poesía de Chumacero, cuando afirma que los poemas de su amigo Alí “son sucesos de la carne o del espíritu que ocurren en un tiempo sin fechas y en alcobas sin historia”.

A su vez, considera Ramón Xirau, dos son las principales claves para adentrarse en la obra de Chumacero, ya que sus poemas surgen de la razón y de la disciplina; donde una lectura atenta revelará su hondura y el cálido fervor que subraya cada uno de sus versos. Por mi parte, siento

---

<sup>3</sup> De “Poemas no coleccionados”.

que el secreto para gozar la poesía de Alí está en seguir al verso, no en descifrarlo; para ello hay que frecuentar sus libros y —más que tratar de entenderlos— oírlos, gozarlos. Henestrosa destacó junto con José Luis Martínez que Alí: “rescata su vida en el vaso de una poesía que cincela y pule con un desatado amor por las formas bellas”.

Lo cual se muestra fácilmente en el primer poema que publicó Chumacero: el “Poema de amorosa raíz”, que se imprimió en el número uno de *Tierra Nueva* (1940). Todo lector de poesía lo disfrutará al momento de descubrirlo.

Igualmente, el “Responso del peregrino” provoca una total fascinación por su estructura y fuerza de evocación; junto con “La elegía del marino”, que deslumbra por la hondura del placer y el dolor fundidos en el acto y en la evocación de los amores perdidos, como señaló lúcido Evodio Escalante. En su prólogo a *Poesía*,<sup>4</sup> José Emilio Pacheco señala los poemas más elogiados por diversos críticos.

Cabe agregar que belleza e intensidad en la obra de Alí tienen contrapartes estremecedoras —rayanas en el horror de un vacío del hombre, de su alma— que no se deben ignorar. Veamos “Jardín de ceniza” como el otro lado de la moneda, antes de terminar esta evocación:

Haber creído alguna vez  
viendo la noche desplomarse al mundo  
y una tristeza al corazón volcada,  
y después ese cuerpo que oprimen nuestras manos:  
la mujer que sonrío  
y sobre el lecho se nos vuelve  
cadáver mutilado en el recuerdo,  
como mentira ínfima  
o rosa desde siglos viviendo en el silencio.  
Y sin embargo en ella nos perdemos,  
muertos contra sus brazos, en su misterio mudos  
tal una voz que nadie escucha,  
frutos ya de cadáver de amor, petrificados;  
su placer nos sostiene sobre un mentido mundo,  
ahí nos consumimos continuando  
en la vana tarea interminable,  
y luego no creemos nada,  
somos desolación o cruel recuerdo,  
vacío que no encuentra forma,  
rumor desvanecido en un duro lamento de ataúdes.

<sup>4</sup> Cfr. Chumacero, Alí, *Poesía*, prolog. de José Emilio Pacheco, FCE, México, 2008.

Duro fue el mundo de la primera mitad del siglo xx para quienes vivieron en el occidente y el centro de México, donde la Revolución y la guerra cristera cambiaron la vida de los mexicanos de entonces y obligaron a una migración constante hacia las ciudades.

Dura fue también la vida para el Alí que llegó a México en 1937 a sus casi veinte años para abrir paso a su vocación y destino, y fue viviendo al borde de la pobreza. En el mundo comenzaron a sucederse los grandes cambios del país y la guerra civil en España, junto con la Segunda Guerra Mundial. Chumacero casó con Lourdes Gómez Luna, casi al mediar el siglo. Poco a poco el matrimonio se fue abriendo paso. Criaron cinco hijos. Al término de la década de los 80, Lourdes, todavía joven, murió a consecuencia de un mal cardíaco. El mundo, la vida, de alguna manera quiso compensar el dolor con diversas distinciones; entre ellas: el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Lingüística y Literatura, 1987; el Premio Xavier Villaurrutia, 1980; el Premio Internacional Alfonso Reyes, 1986; el grado de Doctor *honoris causa* por la Universidad Autónoma Metropolitana, 1998; y el Premio Internacional de Poesía Gatién Lapointe-Jaime Sabines en 2003.

Dura fue la viudez para Alí, y desde entonces fue difícil no pensar que varios de sus poemas eran inminentes profecías. Con gran amor, su hija Lourdes y su hijo Luis con sus hermanos cuidaron del poeta, quien afirmaba que él, al menos, rebasaría con facilidad la edad centenaria. Se sucedieron años de pérdidas de cómplices y amigos entrañables; si bien todavía el humor y la erudición de Alí daban sin menoscabo la pelea. Finalmente, falleció a causa de una complicación a causa de la diabetes en octubre de 2010. 